

hombre en tal situación? Una sola cosa: someterse; pero, al someterse, es capaz de proclamar la injusticia de esos dioses todopoderosos, de gritarles su desacuerdo y su reprobación. El hombre inocente se siente juguete de esos dioses culpables; no puede responderles sino por un desafío en el cual alcanza su más alta existencia, y en *La Thébáide* encontramos la primera gran expresión de esta puesta en acusación de los dioses en el monólogo de Jocaste (*Acte III, Scène II*).

Después de esta queja, de esta plegaria, que bien sabe Jocaste que no será acogida favorablemente, viene la denuncia, el sarcasmo. Vive en un infierno peor que el infierno, y sin embargo no es culpable, en el sentido de que no ha tenido ningún medio para evitar esa horrible culpa:

*Et toutefois, o Dieux, un crime involontaire
Devait-il attirer toute votre colère?
Le connaissais-je, hélas! ce fils infortuné?*

No es difícil encontrar al verdadero culpable:

*Vous-mêmes dans mes bras vous l'avez amené.
C'est vous dont la rigueur m'ouvrit ce précipice.*

Es entonces cuando explota y cesa de dirigirse a esos dioses que, de una manera demasiado evidente, no podrán, no querrán acoger su plegaria. El cielo es un verdugo implacable puesto que es el verdadero criminal; los hombres son los actores de un espectáculo que se dan los dioses; éstos se divierten en hacer culpables para divertirse en castigarlos, para gozar de su tortura moral:

*Voilà de ces grands dieux la suprême justice!
Jusques au bord du crime, ils conduisent nos pas;
Ils nous le font commettre et ne l'excusent pas!
Prennent-ils donc plaisir à faire des coupables,
A fin d'en faire, après, d'illustres misérables?
Et ne peuvent-ils point, quand ils sont en courroux,
Chercher des criminels à qui le crime est doux?*

En *Fedra* se enriquece de un nuevo nombre divino, el de Venus. El amor, que era el resorte principal de todas las tragedias desde *Andrómaca*, reencuentra aquí su estado de potencia natural, y nada puede expresar mejor esta promoción que la incertidumbre de género en el cual el poeta lo mantiene, llamándolo un dios mientras lo nombra Venus.

Hipólito, que nunca ha doblegado las rodillas ante los altares de Venus, está ligado a Diana. Teseo es amigo de Neptuno y este dios, por la más

atroz ironía, provocará la muerte de Hipólito y, en consecuencia, la desgracia de Teseo, cuyo ruego acoge.

Pero no se molesta a un dios impunemente. Para Agamenón, en *Ifigenia*, los dioses son «cruels y sordos», cruels por ser sordos. En *Fedra*, los dioses son cruels con Teseo porque lo escuchan. Aquello que los hace actuar casi siempre es el odio, y ello es evidente en lo que concierne a Venus. Nunca hay que desconfiar bastante de los dioses. Una vez acogida la desastrosa plegaria, una vez que Neptuno ha suscitado un monstruo para matar a Hipólito y que Thérámene le relata a Teseo el injusto castigo, éste exclama:

Inexorables dieux qui m'avez trop servi!

Y algunos versos más adelante, hará explotar su horror:

*Je hais jusques aux soins dont m'honorent les dieux;
Et je m'en vais pleurer leus faveurs meurtrières,
Sans plus les fatiguer d'inutiles prières;
Quoi qu'ils fissent pour moi leur funeste bonté
Ne me saurait payer de ce qu'ils m'ont oté .*

(Inédito)

Cómo no aburrirse con Maurice Baring

Es posible leer muchos libros de Maurice Baring –sus poemas, sus obras de teatro y gran parte de sus novelas– y encontrarlo débil e insípido. He tenido la experiencia, y sé muy bien hasta qué punto puede decepcionar este escritor si uno lo compara con los escritores de su generación –con Wells y Bennett, con Shaw, Chesterton y Belloc. Todos eran sus amigos; sin embargo –excepto los dos últimos que eran católicos– parece haber tenido poco en común con ellos. Él, como ellos, hizo mucho periodismo, aunque pertenecía a un mundo diferente, y es difícil para el lector no considerarlo un aficionado aristocrático. Uno debe adaptarse al hecho de que es un caso muy peculiar antes de darse cuenta de hasta qué punto era capaz y competente, y poder separar el Baring interesante del Baring que podría parecer un fantasma. El único libro sobre Baring que se ha escrito hasta ahora han sido los recuerdos de su amiga la cantante Ethel Smyth, que lo adoraba. Ahora, Paul Horgan le ha hecho plena justicia en una admirable selección de sus escritos –*Maurice Baring Restored*– que muestra su variada obra en lo que tiene de mejor y la extensa introducción que abarca el tema de manera

tan competente que –penosamente para el comentarista– le deja poca cosa que agregar.

La familia de Maurice Baring fue fundada en el siglo XVIII por un exitoso fabricante de géneros de hilo, hijo de un pastor protestante de Bremen. Los hijos de este inmigrante alemán crearon el famoso banco Baring Brothers y los Barings llegaron a ocupar cargos importantes, una banca en el parlamento y llegaron a ser Pares del reino. Maurice era el hijo menor del primer lord Revelstoke. A despecho de su incapacidad para las matemáticas, se le permitió eventualmente ingresar en el servicio diplomático, en razón de sus conocimientos idiomáticos. En el curso de su carrera, fue enviado a varias capitales importantes, pero él dice que «detestaba» la carrera y renunció en 1904 para ser corresponsal extranjero del *Morning Post* de Londres. Su larga carrera como periodista y la inferioridad de algunos de sus libros –parecía componer libros con todo aquello que escribía, y algunos de ellos se repiten– sugieren que por lo menos en parte dependía de ellos para vivir. Nunca se casó, se convirtió al catolicismo, y uno percibe que a pesar de frecuentar tanto el mundo social y oficial, había para él algo anómalo en ese medio, así como era una suerte de intruso en el mundo literario profesional, donde sus amigos leían los libros que les enviaba, que en ocasiones incluso les dedicaba, pero que no lo consideraban un igual. Su natural cosmopolitismo, su extraordinario don de lenguas y sus fascinadas estadías en Rusia, aunque le dieron un conocimiento íntimo de muchas cosas, tanto políticas como literarias, eran tales que contribuían a que no pareciera del todo un inglés; y sus escritos adoptan tantos géneros y tratan tantos temas que debe resultar un problema embarazoso para el historiador de la literatura convencional.

Estoy de acuerdo en general con Paul Horgan sobre la relativa importancia de las obras de Baring. Las cuatro divisiones que yo recomendaría son: primero, sus ocho libros sobre Rusia, de los cuales solamente los dos pequeños volúmenes son sobre la literatura rusa –no cabe duda de que dejó de escribir sobre Rusia en vísperas de la revolución de 1917–. Maurice Baring era tal vez el único inglés que realmente conocía bien ese país y el único que también era un excelente escritor. Las fuentes principales de Rusia (*The Mainsprings of Russia* y *The Russian People*) son probablemente el mejor panorama de la historia rusa, el mejor análisis de la sociedad rusa que se había publicado por entonces en inglés. Podrán parecer hoy un poco anticuados –el autor habla a menudo del «alma rusa»– pero cualquiera que se interese en la Rusia soviética, encontrará útil leerlos porque, escritos antes del colapso de la vieja Rusia, muestran cómo se llegó a ello y qué parecidas, después de todo, eran las condiciones en que se vivía bajo el gobierno del zar a las condiciones del actual gobierno. Baring había vivido tanto en Rusia y había